

—No hay que esperar nada, dijo Polemon á Ariston con el tedio mas marcado y cierta arrogancia: ha ido demasiado lejos, y no debiste traerme aquí.

Ariston suspiró.

—¿Adoraré á otro que no sea El? continuó Calista. ¿Diré que el Ser á quien no veo y que busco, es nuestro Júpiter, ó César, ó la diosa Roma? Ninguno de ellos es la imágen de ese guía interior que siento dentro de mí. ¡Solo á El sacrificio!

Los dos hombres se miraron atónitos: uno de ellos estaba irritado.

—Es como el demonio de Sócrates, dijo Ariston con timidez.

—Reconoceré á César bajo cuantas formas se quiera, repitió Calista; pero no le adoraré jamas.

En seguida añadió:

—Polemon, ese Monitor invisible, ¿no tendrá un dia algo que decirnos á todos, y á tí en particular?

—¡Calla, calla, Calista! exclamó el filósofo con una violencia poco propia de su estado y de su profesion. Escúsame; ¡desventurada muger! de oir tales palabras, que no habia oido hasta hoy. No he venido aquí para ser insultado. ¡Es-

píritu pobre, ciego, infortunado, perverso.... me separo de tí para siempre! ¡Abandona, si quieres, las magestuosas, brillantes y benéficas tradiciones de tus antepasados, y vive en esa horrible supersticion! ¡Adios!

No pareció mas satisfecho de Ariston que de Calista, si bien el joven le ayudó á entrar en su litera, caminó á su lado é hizo lo que de él dependia para tranquilizarle.

## CAPITULO XXVIII.

Si hay un estado de espíritu enteramente desesperado, es aquel en que quedó la infeliz Calista despues de la partida de Polemon. Ni era cristiana, ni dejaba de serlo. Flotaba en la region media de la investigacion, para salir de la cual se necesita tiempo, á no ser que haya alguna intervencion casi milagrosa, como se necesita tiempo para ir de un punto á otro. Veis venir hácia vos una persona, y le preguntais con impaciencia:

—¿Por qué no andais mas aprisa?

—¿Por qué ya no estais aqui?

—¿Por qué?

—Porque eso requiere tiempo.

Ver que el paganismo es falso y que el cristianismo es verdadero, son dos actos diversos é implican dos operaciones distintas. Es cierto que estos actos pueden estar unidos, y la verdad reemplazar al error; pero lo contrario tambien es posible. Calista obedecia los preceptos de la verdad hasta donde le era conocida. Vió la vanidad de los ídolos antes de tener fé en el que vino á destruirlos. Podia decir con seguridad: "Renuncio á Júpiter;" mas no: "Soy cristiana." Por otra parte, ¿qué conocia ella de los cristianos? ¿Cómo sabia que la recibirian, si deseaba entrar en su gremio? Los cristianos formaban una sociedad oculta, con eleccion, iniciaciones, juramentos, y no una simple escuela filosófica, ó una profesion de doctrina accesible á todo el mundo. Si fuesen realmente buenos, como se lo figuraba, es probable que no la admitieran en sus filas; si no lo fuesen, ella á su vez no querria pertenecer á la sociedad cristiana.

Ademas, aunque nos fuera dable es-

su conducta, la consecuencia no seria, bajo este concepto, menos penosa. Calista no estaba en este mundo ni en el otro; y perdía la tierra sin ganar el cielo.

Se refiere que nuestro Señor dijo:

—¿Sois buenos cambistas?

La pobre Calista no sabia cómo hacer para efectuar un cambio ventajoso; y lo mismo le habia sucedido en los pocos años que llevaba de vida. Tenia afectos ardientes, sentimientos vivos y aspiraciones elevadas; pero no era feliz en su aplicacion. Se habia puesto en manos de su hermano, dejandole la direccion de su conducta; y no debia esperarse que este se diferenciase mucho del mundo en que vivia. Nuestra fé nos precave contra la máxima: "Conviene gozar de la juventud;" pero Ariston disfrutaba de ella sin ningun freno, y queria arrastrar á su hermana á los que él denominaba goces. Los placeres constituian para él un delicioso banquete; y Calista no veia en ellos sino ceniza y polvo. De este modo continuo sin mudar de hábitos y sin quebrantar los vínculos que la ligaban á la tierra; pero fatigada, viendo frustrarse su esperanza, difícil de

contentar, hambrienta, aunque sin saber lo que queria para satisfacer esta necesidad, aspirando á algo que no acertaba á definir. Y como hasta aqui habia fiado su suerte al mundo, sin recibir por ello ninguna recompensa, del mismo modo le habia dicho adios ahora, sin poseer nada que lo reemplazase.

En cuanto á su hermano, despues de la visita de Polemon siguió cada vez mas displicente; irritado mas bien que triste, é irritado contra ella. Presentose otra ocasion favorable para Calista, y Ariston hizo el último esfuerzo á fin de convencerla. Cornelio, no obstante su afectacion, se habia portado como verdadero amigo. Escribió de Cartago que le habia salido bien su paso cerca del gobierno, y que, sin embargo de lo difícil é insólita que era la gracia, habia conseguido su soltura. Envió los documentos formales para que se les sometiera al tribunal, y Ariston le contestó espresándole el mas profundo agradecimiento. En seguida corrió á llevar los pergaminos á los magistrados, y habiéndolos encontrado éstos en regla, le concedieron permiso para que entrase á ver á su hermana.

—Alégrate, querida, exclamó: ¡estás libre! Dejaremos este horrible país en el primer buque. He visto ya á los magistrados.

De nuevo volvieron los colores al pálido rostro de Calista; cruzó las manos y miró fijamente á Ariston, el cual espuso lo que habia que hacer aún para quedar en libertad. No se la obligaria á sacrificar, pero sí debería firmar un escrito que atestiguase lo habia efectuado, y con esto se echaria tierra al asunto. No viendo la jóven de pronto ninguna dificultad en esta proposicion, se levantó con viveza, mas su animacion cesó al momento. ¿Cómo diria que habia hecho lo que era una traicion respecto de su guía interior? ¿Qué diferencia existia entre reconocer una blasfemia por medio de una firma ó por medio del incienso? Sonriose tristemente mirando á su hermano, sacudió la cabeza y se sentó otra vez en su lecho de juncos. Se habia anticipado á la decision de la Iglesia en la cuestion de los *Libeláticos*.

Ariston creyó estar soñando al oir á su hermana desechar este medio de salvacion, que le parecia una simple for-

ma legal. Así, su cólera llegó á destruir en él todo cariño fraterno.

— ¡Jóven perdida! exclamó agitando el puño hácia ella, ¡te abandono á las Furias! Y se retiró diciendo que no la volveria á ver mas; palabra que cumplió. Entregose con menos reserva que nunca á todos los placeres que la ciudad podia proporcionarle, y se esforzó en desterrar de su espíritu, con la disipacion, el recuerdo de su hermana. Tomó parte en los juegos del campo de Marte á la sombra de la montaña, contrajo relaciones con los que asistian á las orgías del Foro, y pasaba el resto de la velada en las Termas. Algunas veces la imágen de Calista, con su mirada de otros tiempos, se presentaba tan vivamente á su espíritu, que le era imposible lanzarla, y no cesaba de llorar en toda la noche.

Por último, resolvió poner fin á su vida, como tantos grandes hombres. Dió un espléndido festin, gastó en él todos sus recursos y convidó á sus amigos. Hubo mucha alegría, no faltando nada de lo que debia poner el banquete á la altura de una circunstancia tan solemne y singular. Comunicó el proyec-

to á los convidados, que lo aplaudieron. Hiciéronse las últimas libaciones; se marchó la gente de buen humor; las lámparas se apagaron. Ariston desapareció aquella noche, y Sicca no lo volvió á ver mas. Al cabo de algun tiempo se supo que estaba en Cartago, y que habia sido bastante previsor para llevarse algunas de sus mejores herramientas y unas cuantas muestras de su habilidad y de la de la pobre Calista.

¡Cosa estraña! Jucundo se manifestó respecto de la infeliz jóven mas verdadero amigo que su hermano. No obstante su egoismo y su odio contra los cristianos, se sentia muy afectado al reconocer que su causa se iba agravando de dia en dia, y que evidentemente los magistrados no aguardaban sino una sola respuesta de Cartago. Estaba del todo tranquilo en cuanto á la suerte de Agelio, el cual, segun suponía, habia cuidado de su seguridad con pleno éxito; y se iba conformando con la idea de no volverle á ver. Sin esto, se hubiera podido creer que alguna secreta inquietud por la suerte de su sobrino sostenia la agitacion que le causaba la triste situacion de Calista; pues el filósofo nos di-

ce, que la compasion hácia los demas va acompañada siempre de cierto amor de sí mismo; pero, en las actuales circunstancias, seria ese un juicio temerario relativamente á Jucundo. No era cruel; y hasta el mismo “Fabiano de canosa cabeza,” ó Cipriano ú otros á quienes injuriaba con tanta facilidad, habrian encontrado llegada la ocasion, que sus gritos eran el arma mas terrible contra ellos. Como quiera que sea, tenia bastante bondad de corazon para sentir gran tristeza pensando en la suerte de la idiota Calista.

Sin embargo, ¿qué podia hacer? Tan difícil era detener los movimientos de la poderosa Roma, como parar el sol en su curso; y estaba cierto que de dia en dia llegaria la respuesta de Cartago, y que esa respuesta no diria sino una cosa que se pondria en ejecucion al momento. No tenia nadie á quien consultar; y, por otra parte, el público de Sicea estaba léjos de querer mejorar la suerte de Calista. Su muerte parecia prometer una solucion á las varias perplejidades en que los habia puesto el edicto, y les proporcionaria un testimonio barato de fidelidad hácia el gobier-

no. Además Calista, lo mismo que su hermano, encontraba tambien verdaderos enemigos en los estatuarios, lapidarios y plateros, envidiosos todos de aquellos artistas extrangeros, que no ocultaban su desprecio hácia el Africa y que tenian conocimiento, ó mas bien intimidad, con muchos individuos de las clases elevadas y aun con los personajes de mas viso en la ciudad. Ahora bien, ¿no podria alguno de esos personajes socorrerla ahora? Fijó Jucundo la vista en Calpurnio, que, por lo que habia oido la noche del dia del motin, se habia constituido mas ó menos defensor de la jóven. Resolvió, pues, dirigirse á él.

Calpurnio y los soldados estaban aun irritados contra el populacho de Sicea, descontentos de los magistrados y llenos de simpatía hácia Calista. Jucundo habló con entera confianza al tribuno comprometiéndole á que le condujese á casa de Septimio, su gefe militar, en presencia del cual se emitieron muchas ideas, tanto por Calpurnio, como por Jucundo. Este último declaró que, en su sentir, era un grande error atreverse con otros que no fuesen los gefes de la

secta cristiana. Citó la historia del rey Tarquino y de las adormideras, y aseguró al grande hombre que, como lo habia dicho y demostrado siempre, se cometia incontestablemente una grande falta en no apoderarse de Cipriano.

—El brazo fuerte de la ley, dijo, no debia por otra parte estenderse contra séres tan inofensivos como aquella Calista que, segun sabia por su hermano, no habia visto aún diez ocho primaveras. ¿Qué mal podia hacer una criatura tan pobre y tan débil? Incapaz de defenderse á sí misma, lo era aun mas de medirse con otros. No, continuó Calpurnio, vuestra política con ese pueblo absurdo debe mostrar la faz risueña y la mano abierta. Acuérdate de la fábula del sol y el viento. ¿Cuál de los dos obligó al viajero á quitarse la capa? ¿Tropiezas con un adorador de las Furias, que tenga el rostro lúgubre y el semblante severo? Llena su copa, corona su cabeza con flores y manda entrar á las tocadoras de flauta. En seguida verás sus facciones desarrugarse; la sonrisa se difundirá por su cara; un chiste le hará reir; *captus est habet* (1); y hará una

(1) Es cogido en el cebo.

libacion. El gran Júpiter ha vencido; Roma halla en aquel hombre un fiel súbdito. ¿Qué mas puede desearse? Pero, si le maltratas, si le das punta-piés, si le dejas morir de hambre, si le pones á la puerta, entonces será para tí un enemigo natural, pronto á dañarte siempre que pueda.

Calpurnio se valia de sus medios, que eran sencillísimos.

—Si se tratase de un vil esclavo ó de algun africano perverso, dijo, ningun mal resultaria; pero, ¡por Júpiter tonante! se trata de una jóven Griega, que canta como una Musa, baila como una Gracia y declama versos como Minerva. Seria sacrilegio tocar á un solo cabello de su cabeza. Y nosotros debemos dejar á esos cobardes perros de magistrados que cojan en ese solecismo á Fortuniano de Cartago.

Septimio no habló palabra, cual cumplia á una persona de su posicion, pero se entendió con ellos. Era evidente que no correspondia á los duunviros de Sicca la custodia legal de Calista; en materia criminal, parecia deber caer bajo la jurisdiccion de los militares, y

Calpurnio obtuvo permiso para reivindicar su derecho en el momento conveniente. En cuanto á lo demas de su plan, el tribuno lo guardó para sí, y Septimio no deseó conocerlo. Propóníase entrar de guardia en la prision poco antes de la hora señalada para la ejecucion de Calista, y luego esparcir la noticia de que habia muerto en medio de los horrores del Baratro. Fácilmente se encontraria el cadáver de otra muger para sustituir á Calista, que seria conducida al campamento.

Entretanto, y volviendo á la acusada, ¿cuál era su consuelo, cuál su ocupacion durante esta prueba, antes de que contestase el procónsul? Por una singularidad, que no era quizá mas que un efecto poco laudable de su mal humor, hasta aquel momento no se habia cuidado de aprovecharse del tesoro que, por un raro favor, habia ido á parar á sus manos. Un pequeño pergamino, escrito con esmero y laboriosamente adornado, permanecia oculto en su seno, mientras que hubiera podido disipar ya mas de una duda y calmar algunos de sus dolores. Es difícil decir bajo la impresion de qué sentimientos habia

experimentado repugnancia en abrir e Santo Evangelio que Cecilio le confió. ¿Estaba demasiado abatida y desesperrada, ó temia convencerse mas, ó diferia su lectura esperando que llegase para ella una época mas tranquila, como si esto fuese posible; ó por último, era su repugnancia semejante á la que hace que los enfermos se resistan á tomar aquellos alimentos ó remedios que saben sin embargo han de serles provechosos? No es cosa esta fácil de decidirse; pero hay muchas personas que, habiendo sufrido males semejantes, pueden formarse idéa del estado de su espíritu, que la conducia á lo menos á aplazar para el dia siguiente lo que estaba en posicion de ejecutar á cada instante. Con todo, ahora que se veia abandonada enteramente á sí misma; ahora que Ariston habia partido, y que la respuesta del gobierno á la magistratura no habia aun llegado, recurrió al pergamino y siguió el consejo del obispo, el cual le habia dicho: "En él verás quién es Aquel á quien amamos," ú otra cosa equivalente. El rollo de pergamino estaba oculto bajo su ceñidor, y así logró conservarlo en la confusion de la

terrible escena antes descrita. Abriole por fin y leyó.

Era el estilo de un Griego de provincia, aunque elegante y marcado con esa sencillez que, en su dictámen, formaba el primer elemento de un autor clásico. El libro estaba dirigido á un tal Teófilo, y el escritor decia que habia hecho en él una relacion esmerada y auténtica de los acontecimientos descritos antes por otros. Habiendo recorrido algunos párrafos, escitaron su interes y aun quedó al poco tiempo absorta en aquella lectura. Desde que cogió la obra no la volvió á soltar. En otra época hubiera tambien llamado su atencion, pero hallándose á la sazón tan afligida y sola, era pura y simplemente el don de un mundo invisible. Mostrábale un nuevo estado, una nueva comunidad de seres, solo que parecian demasiado bellos para ser posibles. No se limitó á hacerle ver un estado de cosas del todo nuevo, sino tambien la presencia de un Ser enteramente distinto de cuanto, en sus mas hermosos sueños, se habia presentado á su espíritu como la perfeccion ideal. Encontraba en él lo que habia buscado siempre, aunque sin lograr des-

cubrirlo nunca; y ahora que este objeto se hallaba espuesto á su espíritu, no le costaba trabajo aprobar lo que hasta entonces no habia sabido concebir. Encontró allí á Aquel que le hablaba por medio de su conciencia, cuya Voz oia y cuya persona buscaba. Descubrió allí á El que inflamaba y hacia enrojecer las mejillas de Chione y Agelio. Esta Imágen se grabó profundamente en ella, y sintió que era verdadera. Se dijo á si misma: "Estos no son sueños de poeta, sino el retrato de un ser real, con demasiada verdad, demasiada naturalidad, vida y exactitud para no creer en él." Sin embargo, tenia miedo; conocia cuánto se diferenciaba de aquel ser; y un sentimiento de humillacion, como no habia sentido jamás hasta allí, se apoderó de su espíritu. Empezó á despreciarse mas completamente de dia en dia; no obstante, halló en aquella historia muchos pasajes que la tranquilizaron en medio de su abatimiento, especialmente el del tierno afecto del Salvador hácia la pobre jóven que ungió sus piés en el festin. Llenáronse de lágrimas sus ojos; se figuró que ella era la pecadora y que El no la rechazaba.



¡Oh! ¡en qué nuevo mundo de ideas acababa de entrar! El entendimiento de Calista se paró á considerarlas en razon á su misma novedad. Todo le parecia sombrío y oscuro al lado de aquello. Su hermano la habia asediado siempre con esta máxima de los paganos: "Gozad de lo presente y no conteis con lo porvenir." Es cierto que ella no podia gozar de lo presente como él hubiera querido que gozase, y que no tenia esperanza alguna en lo porvenir; pero aquel libro contenia otra doctrina diferente. En él aprendió precisamente lo opuesto á lo que Ariston enseñaba, á saber: que lo presente debe sacrificarse á lo futuro; que las cosas visibles deben ser abandonadas por las que la fé nos propone. Aun mas; aprendió en la doctrina, que al principio creyó una paradoja, que aun la felicidad presente y la verdadera grandeza consisten en el abandono de lo que, á primera vista, parece prometer ambas cosas; que el camino para alcanzar el verdadero placer no es el de la satisfaccion de las inclinaciones, sino el de la mortificacion; que la debilidad conduce al poder y la humillacion al triunfo; que la locura es el medio para

obtener la sabiduría; y el deshonor el medio para obtener la gloria. Vió que existia una belleza mayor que la que el órden y la armonía del mundo natural revelaban; que habia una paz mas estable y una calma mas profunda que las que el ejercicio, ya sea del espíritu, ya del afecto humano mas puro, pueden dar. Empezó á comprender esa tranquilidad estraña y sobrenatural que la habia sorprendido en Chione, Agelio y Cecilio; comprendió que estaban despegados de la tierra, no meramente porque no poseyesen ó no amasen sus dones, sino porque poseian ya una dicha muy alta, que amaban sobre todas las cosas. De este modo Calista llegó por grados á penetrarse de una nueva filosofia; adquiria ideas y principios, reconocia relaciones y fines, y sentia la fuerza de argumentos, á que habia permanecido totalmente agena hasta entonces. La vida y la muerte, la accion y las personalidades, la riqueza y los talentos, todo tenia ahora para ella otro significado y aplicacion. Así como los cielos hablan diferentemente al filósofo y al campesino; así como un poema causa distinta impresion en el hombre de ima-

ginacion y en el hombre frio y limitado, así ahora veia su ser, su historia, su condicion presente y futura bajo un nuevo aspecto, que nadie podia compartir con ella. Pero su pensamiento dominante y soberano era el de Aquel que habia dado ejemplo de toda esa admirable filosofia en sí mismo.

—  
CAPITULO XXIX.

Habia, sin embargo, personas á quienes Calista podia comprender y que podian tambien comprenderla á su vez. Habia personas que, mientras Ariston, Cornelio, Jucundo y Polemon daban pasos en favor de la jóven, se interesaban igualmente por ella, y de un modo mas eficaz. Agelio se habia reunido con Cecilio, noticiándole, como tambien á sus compañeros (si no lo sabian por otro conducto), la prision de Calista. La mañana que Agelio fué puesto en libertad por su hermano, tan inopinadamente, y se encontró á la puerta de la calle con su túnica bajo el brazo y sus botas en el suelo, pensó ante todo en recordar

dónde estaba y en disponer de aquellos artículos de vestir conforme á sus destinos respectivos. Luego pensó naturalmente en lo que haria de su persona. No le era posible permanecer allí mas tiempo sin que le encontrasen los habitantes madrugadores de Sicca, pues ya las puertas empezaban á abrirse. Tratar de descubrir dónde estaba Calista, y despues verla ó libertarla, hubiera sido contribuir él mismo á su captura. Dirigirse á su heredad, equivaldria á correr un peligro casi tan grande y mas inútil. Ademas, Cecilio habia dicho que no estarian largo tiempo separados, indicándole al mismo tiempo el medio de reunirse con él.

Encaminose, pues, sin demora á uno de los puestos orientales que conducia á Thibursicumbur. A la verdad, no habia tiempo que perder, como se convenció pronto; pues encontró muchas personas que le conocian de vista, y uno de los *apparitores* de los duunviros, que por fortuna no reparó en él. Un cristiano apóstata, cuyo celo en pro del gobierno era notorio, pasó junto á él, y volvió la cabeza para mirarle. Sin embargo, Agelio pensó que no tardaria en